

Granados vuelve a respirar

Marta San Miguel reconstruye en *Última escala* la vida de Enrique Granados, uno de los talentos más poderosos que ha dado la música española, muerto después de que un submarino alemán torpedease el buque en el que viajaba durante la Primera Guerra Mundial.

Un día, cenando en el Ensanche de Barcelona, Marta San Miguel (Santander, 1981) reparó en una placa de mármol que había clavada en la fachada de enfrente. Carrer d'Enric Granados, decía, y justo debajo: Compositor i pianista, Lleida, 1867-En mar, 1916. Ella, al parecer, ya conocía la historia del músico —que murió ahogado después de que un submarino alemán lanzase un torpedo contra el buque británico *Sussex*, en el que venía de Nueva York con su mujer—, pero lo visto aquel día le dio que pensar. “La toponimia es un honor que despoja al personaje de su biografía—escribe en *Última escala*, su novela biográfica sobre el legendario músico catalán—: Enric Granados ya no es una persona, ahora solo es un lugar. Para rescatarlo de ese lugar, precisamente, ha escrito San Miguel este libro.

La novela alterna escenas de la vida de Granados con breves incursiones autobiográficas

donde la autora aclara al lector el porqué de su interés por el músico.

También da cuenta, de forma sucinta, del proceso de documentación para el libro, que incluyó visitas a las diversas instituciones catalanas que conservan el legado del autor de *Goyescas*. Los escritos del propio Granados, ya sean cartas, extractos del diario o citas recogidas por otros, tienen una presencia tutelar en el libro, y a menudo son los hilos de los que tira la autora para imaginar escenas y tratar de meterse en la cabeza del compositor.

Granados lo tiene todo como personaje. Genio precoz y autodidacta, dejó obras inmortales como la citada *Goyescas*, una *suite* más tarde convertida en ópera, insufló un aire nuevo a la música española y murió prematura y trágicamente, en la cima de su popularidad.

Por si fuera poco, su muerte está a la altura, al menos

estética, de la vida que llevó: la última vez que los vieron a él y a su mujer, Amparo Gal, la corriente los arrastraba abrazados. La novela saca partido a aspectos decisivos de la biografía del músico, como la estancia en París o la amistad y colaboración con Pau Casals e Isaac Albéniz.

Este último desempeñaría un papel central en la consagración de Granados en Madrid, el 14 de mayo de 1894. Aquel día, gracias la mediación de Albéniz, el catalán interpretó en el Ateneo, centro de la élite cultural madrileña, sus *Danzas españolas*, que ya habían causado sensación en Barcelona dos años antes, tras su estreno oficial en el Teatro

auroros, unas coplillas de la tierra que se cantaban “en la calle al alba para invitar a los vecinos a participar del rosario”. Ese método le permitió componer después delicadas piezas basadas, por ejemplo, en el fandango, la zambra granadina o la rondalla aragonesa. Al igual que Albéniz, Granados creó un lenguaje propio donde, según San Miguel, “integró el folclore español con el romanticismo y el modernismo de la época”.

Con Albéniz hay otras notas comunes, como la influencia de Wagner, al que ninguno de los dos, sin embargo, se resignó a copiar. El libro también sugiere las diferencias entre ambos músicos: Albéniz, carismático y expansivo, era más bien la figura en la que otros artistas, geniales pero algo más apocados, tal vez necesitaban apoyarse. Pero los apuntes de Granados muestran que había un verdadero programa: “Quiero edificar nuestra música sobre la base de nuestra canción popular, hermosa y casi desconocida en las naciones de Europa”.

En *Última escala* se retrata la Barcelona modernista, con el humo y las barricadas de las protestas contra la guerra de Cuba, la escena musical, vibrante, de las últimas dos décadas del siglo XIX, donde, “a falta de teatros y salas donde acoger a tantos intérpretes”, había un piano casi en cada local de la ciudad. Unos locales donde el propio Granados se fogueó antes de que su carrera despegara. “Si tenías suerte y cogías sitio en el Café Vienés de la calle Mayor de Gracia podías escuchar a Albéniz, y no muy lejos, en el Café Condal, estaba tocando Parera; en el Café Rambla podías ver a Antoni Nogués y en el Lisboa, a



ÚLTIMA ESCALA

MARTA SAN MIGUEL

Libros del Asteroide, 2026

224 páginas. 19,95 €

Lírico, donde tuvo que interpretar hasta nueve veces, por petición del público, la *Danza n.º 2*, la *Oriental*.

Granados, como recuerda la autora, lograba armonizar “el pianismo más refinado” y las canciones populares españolas, y el resultado fue algo nunca visto en la música del país, fruto además de un trabajo de campo: al viajar por España, pedía a los campesinos que le cantasen para poder anotar la música y las letras de sus canciones. Era capaz de viajar hasta Murcia solo para escuchar los



Picó”, leemos. Granados participa a su modo en la *Renai-xença*—colabora en la fundación del Orfeó Català—, pero también sufre la intransigencia de aquel preludio nacionalista: Llegan a acusarle, con desprecio, de “escribir danzas andaluzas”. “A mí me parece que el arte no tiene nada que ver con la política”, dirá en una carta de aquellos años.

La autora dibuja el clásico perfil de artista predestinado que pese a todo triunfa (“primero espinas, luego la gloria”, escribe bien pronto, en 1895, el

ENRIQUE GRANADOS JUNTO A VARIAS PORTADAS DE PERIÓDICOS DEDICADAS A LA TRAGEDIA DEL SUSSEX

EL LIBRO SACA PARTIDO A ASPECTOS DECISIVOS DE LA BIOGRAFÍA DEL MÚSICO, COMO LA AMISTAD Y COLABORACIÓN CON ALBÉNIZ

propio Granados). Y da la importancia debida a los dos años de estudio en París, donde el joven músico pasó de ser un pianista habilidoso a un artista autoconsciente.

Tras esa estancia, describe plásticamente la autora, sus dedos parecen “más largos y ha adoptado la elegancia francesa de Bériot sobre el teclado, hasta las muñecas parecen más finas”. Se ha dejado bigote, ha aprendido francés, se ha hecho amigo de Saint-Saëns, Debussy y Ravel, con quienes mantendrá el contacto tras su

vuelta a España. Hay, por cierto, un parentesco ambiental entre este libro y la excelente e irónica *Ravel*, de Echenoz, que también empezaba con un viaje en barco.

El ataque alemán contra el Sussex dejó medio centenar de muertos y abrió una crisis diplomática decisiva en el curso de la Primera Guerra Mundial. Al lanzarse al mar para intentar salvar a su mujer, Enrique Granados dejó seis hijos huérfanos y privó a la música española de uno de sus talentos más brillantes. **ALBERTO GORDO**